

Justo Sierra y su fe en México

Por Samuel RAMOS

(En *El Nacional* de México, D. F.)

(Discurso pronunciado en la Escuela Nacional de Maestros, en el homenaje a Don Justo Sierra).

Guardo una vieja admiración por el maestro Justo Sierra que data de la época en que era yo estudiante. Mi primera visión de la Historia Universal fué a través de las páginas deslumbrantes del texto que redactó para los estudiantes de la Preparatoria. Sin tener todavía una capacidad crítica, sentía, al leer aquellas evocaciones magistrales del pasado, que su autor era un hombre extraordinario, aun cuando mi razón no podía explicarme los motivos de aquel sentimiento. Impulsado por esta admiración, quise conocer otras obras de Justo Sierra y, a través de los años, la primera impresión juvenil, fué confirmándose y justificándose, al ir descubriendo todos los valores de la obra y la personalidad de esa gran figura de la intelectualidad mexicana. Yo diría que esta figura cubre toda una época de la Historia de México y la salva moralmente, como una fuente de luz que se enciende para disipar las sombras. Representante y servidor del régimen porfiriano, fué Justo Sierra un hombre que por la grandeza de su espíritu se colocó muy por encima de los hombres y las circunstancias de su tiempo. Su conocimiento de la historia de México y su amor patrio, le dieron una conciencia muy clara de los vicios de su régimen y de los efectos que podían provocar en su futuro inmediato. Pero al avizorar el lejano porvenir fué siempre un optimista que creyó en los destinos de su patria. Impulsado por su vocación de maestro y a favor de sus oportunidades políticas, asumió la jefatura de la educación nacional, con esa grandeza de miras que está a la altura de la que tuvieron Andrés Bello en Chile, Sarmiento en Argentina, Hostos en Santo Domingo. Como estos eminentes espíritus Justo Sierra figura en nuestra Historia como uno de los forjadores del alma nacional. Por eso en este primer centenario de su nacimiento, las Escuelas Normales quieren rendir un ferviente homenaje al hombre que entregó su gran inteligencia y cultura y su pasión por el bien patrio, a edificar y consolidar de un modo imperecedero los instrumentos más eficaces para realizar una obra de educación nacional, que comprendía desde la enseñanza elemental hasta los estudios universitarios. Lo que da el supremo valor a las creaciones de Justo Sierra en el campo pedagógico, es que no se limitó a ser un artesano frío que ordena y calcula, quedando siempre en las exterioridades de la obra, sino que fué un artista que daba el alma a sus creaciones y les imprimía una personalidad. Nosotros reconocemos en Justo Sierra a un Maestro de Maestros, cuyo espíritu ha dejado huellas perdurables en el proceso de nuestra educación pública. Es un hecho que nuestra actual educación pública no hubiera tomado las proporciones que hoy tiene de no haber recibido un impulso vigoroso hace cerca de cincuenta años, de manos de Justo Sierra. La educación primaria, la educación normal, le deben inspiraciones que se han incorporado ya a la Historia de nuestras instituciones pedagógicas. Hace poco, recordábamos con gratitud y veneración que en las cenizas de la caduca Universidad Pontificia, hizo renacer

Justo Sierra, como el ave Fénix, la moderna Universidad de México.

Pero al lado de la magna obra realizada por Justo Sierra como Ministro de Instrucción Pública, no debemos olvidar su obra personal como poeta, escritor, historiador y maestro en la cátedra. No fué en estos campos un diletante, sino un hombre formado en severas disciplinas de estudio que dieron profundidad y solidez a su cultura. Cultivó en particular la Historia, elevando esta ciencia a un alto nivel, gracias a la universalidad de su inteligencia y su cultura, versada enciclopédicamente, en las artes, la poesía, la filosofía, las ciencias. Le atrajo la Historia, porque ésta se ocupa de la vida y la pasión del hombre que él amaba por encima de todo. Fué un humanista en el sentido más noble de esta palabra, es decir, un espíritu al que nada de lo que es humano le es ajeno. Su humanismo le permitía comprender y valorizar los personajes y acontecimientos del pasado histórico que encontraban en él un juez lleno de simpatía y de equidad. Justo Sierra escribió *La evolución política del pueblo mexicano*, que es una de las mejores síntesis de la Historia de México, que conserva hasta ahora plena validez en muchos de sus juicios e interpretaciones. Y lo que es admirable en este hombre que escaló las cimas del espíritu en América, es su gran fe en México, su gran amor a la patria. Diríase que en sus manos la historia que él hizo tan honesta y con tanta objetividad, es sólo un medio para encender en los mexicanos el culto de la patria. Véase por ejemplo, en estas palabras en que el historiador cede el puesto al educador. "Convertir al terrígeno en un valor social (sólo por nuestra apatía no es) convertido en el principal colono de una tierra intensivamente cultivada; identificar su espíritu y el nuestro por medio de la unidad del idioma, de aspiraciones, de amores y de odio, de crítico mental y de criterio moral; encender ante él el ideal divino de una patria grande y feliz; crear en suma el alma nacional, esta es la meta asignada al esfuerzo del porvenir, este es el programa de la educación nacional. Todo cuanto aspire a realizarlo y sólo eso, es lo patriótico; todo obstáculo que tienda a retardarlo o desvirtuarlo, es casi una infidencia, es una obra mala, es el enemigo".

Justo Sierra es uno de los modelos más altos que se puede ofrecer a los hombres de América de cómo se debe asimilar la cultura europea sin sufrir, la expresión de un escritor suramericano, las "vicisitudes del descastamiento". En realidad Justo Sierra encarna el ideal de la cultura hispano americana que es y ha sido, absorber los valores espirituales de nuestros maestros de Europa, no para expatriarnos del suelo nativo, sino para desarrollar y fortalecer nuestra personalidad nacional. Ahora bien, en Justo Sierra se da precisamente este tipo de hombre en que la superioridad de una cultura universal, viene a exaltar los sentimientos nacionales, los cuales se aplican a la realización de una obra en bien de la patria. Pudo haber sido Justo Sierra una de estas figuras frecuentes en la intelectualidad hispano americana que se aislan en su torre de marfil y resultan inoperantes en el movimiento de nuestra historia social. Pero sucedió al contrario, que este hombre de una refinada cultura, empuñó su voluntad y sus energías espirituales, en una empresa de trascendencia general, de manera de comprender al niño y al adulto, al iletrado y al hombre de sabiduría más encumbrada. En la intención de su obra estaban incluidos, sin distinciones, todos los componentes de nuestra sociedad mexicana.

No puede haber mayor satisfacción para mí que haber tenido el honor de ser designado para hablar en esta ocasión solemne. Así me es dable rendir homenaje de admiración a un hombre que por su excepcional personalidad, por su labor como hombre público, merece el culto de su patria. Yo estoy seguro que mis sentimientos personales, son al mismo tiempo los de mis colegas, pertenecientes a la institución que yo represento aquí. Es ejemplar la vida del maestro Sierra, como ciudadano y como hombre privado. Aparte de las instituciones por él creadas, conservamos una obra escrita, en la que figuran poemas, artículos, ensayos, discursos y libros enteros que por sus excelencias quedarán como textos clásicos, no sólo en la literatura mexicana, sino en la de todo el continente. Como escritor Justo Sierra llegó a conquistar un estilo que lo coloca al lado de los mejores prosistas hispano-americanos.

La presencia de sus restos mortales en este recinto, más bien proyecta nuestro pensamiento hacia el espíritu del maestro que vive todavía en un reino ideal donde los hombres buenos, que han contribuido a desarrollar lo mejor que tiene un país que es su cultura, gozan de la inmortalidad.

"Norte y Sur" de Salvador Reyes

Por Juan MARIN

(En el *Rep. Amer.*)

El día que Salvador Reyes dejó de escribir (o de publicar) poemas, la Poesía chilena perdió uno de sus más firmes sostenes, una voz original y pura. Pues, si la Mistral representa lo místico-cristiano y Neruda lo crepuscular y subterráneo, si Cruchaga es el amor ultra-espiritualizado y Díaz Casanueva la angustia envuelta en mitos y filosofías, si Huidobro es la aritmética o la acrobática intelectualización de la poesía y Undurraga es el soplo naturalista y panteístico del verso, Reyes en cambio, constituía todo un capítulo aparte: él era el gran romanticismo de la más fina ley, era la invitación a la aventura y al

viaje, la tentación irresistible de los grandes horizontes, la comunión con el mar y los vientos, la identificación con lo heroico y aventurero. Era, en una palabra, el aliento romántico que vitalizaba la poesía chilena. Pero, esa pérdida de nuestra lírica es una amputación sólo a medias pues, felizmente, Salvador Reyes continúa escribiendo prosa y en ella volvemos a encontrar todos los ingredientes y atributos de su poesía, aun esa musicalidad tan suya y única, ese amplio ritmo como de velero en alta mar que anima su lenguaje, esa especie de juego a voluntad con las palabras y los ritmos, esa maestría insu-